NOCTURNO

EL hombre se sentó delante de la mesa:
había partido en dos aquella estrella en celo
al abrir el cristal de su ventana,
cuando el cárdeno intenso de la noche
perfilaba los montes y los sueños.

Azul era ya todo. El humo del tabaco
apenas empañaba las ramas del recuerdo,
porque un mundo conciso, transparente,
era promesa y vidrio por el aire.

En caballos y ranas pensó el hombre,
en naranjas, mujeres y esquilones:
iba inventando, con las piernas cruzadas,
tactos de pedernal junto a la luna.

Después, se levantó. Andaba por la calle
el fantasma de un perro, el grito de un borracho.

Al cerrar la ventana le devolvió a la noche
el temblor y la arista de su estrella.

ANTONIO NAVARRETE